


REVISTA DE LIBROS

Comentario bibliográfico

Laura Ehrlich, *La reinención del peronismo (1955-1965)* (Bernal: Universidad Nacional de Quilmes, 2022).

Humberto Cucchetti

*Instituto de Estudios Históricos – Universidad Nacional de Tres de Febrero / CONICET
hcucchetti@untref.edu.ar*

*Fecha de recepción: 19/04/2023
Fecha de aprobación: 09/05/2023*

El primer libro publicado por Laura Ehrlich es por demás ambicioso, desde el propio título del mismo: la idea de invención, o de reinención, evoca espontáneamente otros trabajos, algunos de ellos dedicados al peronismo, aunque no necesariamente. En el fondo, tales expresiones suponen abordajes dinámicos sobre realidades flexibles. La Historia encarna toda una disciplina plenamente habilitada para ello. Pero la originalidad del trabajo presentado por la autora, investigadora del CONICET, integrante del prestigioso Centro de Historia Intelectual de la Universidad de Quilmes y profesora de tal institución universitaria, reside tanto en la profundidad empírica de su análisis como en las pistas lúcidas que ofrece en sus análisis históricos más generales, las que permiten conectar interpretaciones que desbordan sus propósitos más inmediatos.

Podemos subrayar dos ideas centrales que estructuran, a título de interrogantes, los pilares historiográficos básicos del libro. En primer lugar, cómo los estudios sobre los años 1970 fueron

dejando de lado todo un período extremadamente rico en la historia peronista —historia peronista que, como se lee en las páginas de *La reinención del peronismo*, va mucho más lejos que la consideración de un objeto estanco con fronteras férreas: la historia en cuestión se despliega desde el golpe de 1955 hasta la primera mitad de la década siguiente—. Dicho de otro modo, el fenómeno complejo, idealizado, a veces poco comprendido en su profundidad, de la Resistencia Peronista.

En segundo lugar, y aunque tal interpretación es más tardía en la obra analizada representando justamente los esbozos de generalización propuestos por la autora, cómo los significados setentistas (más precisamente, de la radicalización armada que se presenta a partir de finales de los años 1960) van a imputar a la llamada Resistencia una ideologización que marcaría un punto de cristalización embrionario: a saber, el de los orígenes de la *izquierda peronista*. La realidad histórica fue, según Ehrlich, notablemente diferente.

A lo largo de seis capítulos —el último combina, con bastante equilibrio, la exigencia de una reflexión conclusiva, que sube progresivamente en generalidad, con nuevos aportes empíricos— se analizan las dinámicas del peronismo que se reinventa entre 1955 y 1965. El primero aborda todo un periodismo peronista que emerge desde fines de 1955, encarnado en actores con un pasado en el peronismo, incluso anterior a 1945. El segundo se concentra en algunos medios propagandísticos y sus figuras – allí los actores son mucho más heterogéneos de lo que se piensa, incluso en sus valoraciones sobre Perón y el peronismo clásico. El tercero incursiona en las conmemoraciones de la época: cómo se recupera a Evita Perón, cuál es el significado (religioso, político, simbólico) de conmemorar a los “mártires de 1956”, cómo los activistas e intelectuales revisitan el 17 de octubre, cómo le rinden homenaje. La intensidad del análisis se hace aún más aguda en el capítulo cuarto, porque la autora ingresa en los significados y en la sociabilidad de los peronistas que se atribuyen un mandato específico en tanto “jóvenes” que deben concretar el sentido de la intransigencia política. El capítulo quinto retoma la retórica intransigente y cómo se concibe la situación del país desde 1955, país “invadido”, “ocupado”, que comienza a tener consonancia con otras causas del “tercer mundo”. Con el dato de la Revolución Cubana y la proscripción no sólo del peronismo sino también de aquellos que podrían propiciar una propagación comunista, en el capítulo sexto aparecen las interacciones, plagadas de tensiones y rispideces, entre izquierda y peronismo.

A lo largo de estos análisis, la autora retoma trabajos y autores que entran en relación directa con sus planteos, y de los que ella misma abreva. Podemos mencionar, entre otros autores, los estudios de Flavia Fiorucci¹ sobre los intelectuales en el primer peronismo, los de Valeria Manzano² sobre modernización cultural en los años 1960, y los de Julio Melón Pirro³ sobre los primeros años de la proscripción peronista, la reorganización partidaria justicialista y la prensa post-peronista.

Pero vayamos a las consideraciones de Ehrlich que hacen ciertamente de *La reinención del peronismo* un trabajo fundamental para comprender no sólo el período estudiado sino también ramificaciones posteriores que se presentan en la cultura peronista.

Un tema central es el de los actores que movilizan la prensa peronista (p. 25). Es decir, los intelectuales. Evidentemente, se presentan en este caso singularidades biográfico-generacionales en su cruce con la política: ¿cuál es la relación con la causa? Esta es compleja: atraviesa al vínculo con el líder, con el período que termina en 1955 y también con el que se inicia a finales de ese mismo año. Con gran razón, el análisis de las trayectorias es imprescindible, y elucida que, en gran medida, el nuevo periodismo peronista no se ancla, apenas Perón derrocado, en una “nueva generación militante” (p. 43). En ciertos casos, tal periodismo, había mantenido difíciles relaciones con el “régimen depuesto” —los testimonios de Arturo Jauretche y Alejandro Olmos no están desprovistos de críticas al peronismo—. Simplemente, el autoritarismo creciente desde la presidencia del general Pedro Eugenio Aramburu terminó unificando procedencias diversas —peronistas, nacionalistas, desarrollistas y diversas izquierdas (p. 77)—. En otros términos, la resistencia se fue peronizando en un sentido intransigente, configurándose un clivaje que, años después, daría lugar a la oposición entre “duros” y “blandos” —integracionistas, participacionistas, etc.—.

Es muy acertado, y no siempre presente en todas las investigaciones en historia política, mostrar quiénes eran los protagonistas de tales emprendimientos propagandísticos. Incluso, que

1 Flavia Fiorucci, *Intelectuales y peronismo. 1945-1955* (Buenos Aires: Biblos, 2011).

2 Valeria Manzano, *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2017).

3 Julio Melón Pirro, *El peronismo después del peronismo. Resistencia, sindicalismo y política luego del 55* (Buenos Aires: Siglo XXI, 2009).

ello incluya, aunque sea someramente, lo que es entendido como reconstrucción socio-gráfica. Allí se ve que tales actores, mayoritariamente varones (aunque la inserción de las biografías de Nora Lagos y de María Granata es por demás sugerente), habían cursado estudios universitarios (derecho, sobre todo, pero también teología o realizado la carrera militar), que tenían, en ocasiones, una militancia anterior al ascenso de Perón, y que —dato fundamental— habían integrado funciones burocráticas en la Argentina peronista (pp. 40-41). Así, la proscripción del peronismo era, a su vez, una forma de liberación de la palabra: la autoridad discursiva de Perón impedía, con él en el poder, el despliegue de la misma. Y allí un gran problema que excede al peronismo y que reenvía a las relaciones entre intelectuales y política. Se trata de intelectuales que reivindican al peronismo desde diferentes tradiciones y acervos —aunque el sentido es específico a tal tipo de integración política y profesional del trabajo intelectual—. La hipótesis alrededor de un lazo entre posibilidad de carrera profesional y origen provinciano en los intelectuales que adhieren al peronismo desde sus orígenes (pp. 80, 92), explica bastante poco el tipo de relación entre ellos y el propio Perón. Sociologizando el análisis, aceptando el carácter periférico de tales escritores *engagés*, debe reconocerse que tal rasgo social no era ya raro en los intelectuales argentinos que buscaban hacer política. Periféricos pero que, además, deben realizar todo un trabajo de adaptación socio-profesional dentro de una organización política (no es la única en la larga historia de los partidos de masas del siglo pasado) que mira recelosamente a los “creadores de ideas”. Algunos de estos “emprendedores propagandísticos” e intelectuales de diverso tipo, que buscaban también en los años del exilio acercarse a Perón o entablar con el líder un intercambio epistolar para influir en la dirección que debía imprimirle a su propio “movimiento”, no dejan de expresar críticas más o menos desembozadas al propio líder⁴. Con toda razón, y allí lejos de cualquier determinismo sociológico, la autora menciona la hibridez de tales actores (p. 105).

Las páginas dedicadas al “martirologio” peronista son imprescindibles para ingresar al meollo del libro. Es decir, conmemorar las fechas sagradas en medio de las prohibiciones oficiales. Claramente, dar cuenta del acto fundador, del 17 de octubre. Pero con mucha más intensidad aparece el hecho de honrar a los “caídos”: la desaparición del cadáver de Eva, los fusilamientos de junio de

4 Leer, por ejemplo, Fernando Devoto, “Los intelectuales escriben a Perón. Las cartas del Archivo Hoover”, en *El exilio de Perón. Los papeles del Archivo Hoover*, eds. José Carlos Chiaramonte y Herbert S. Klein (Buenos Aires: Sudamericana, 2017), 115-163.

1956. La memoria peronista aplana los disensos que pudo haber, en los prolegómenos del levantamiento militar de oficiales peronista, sobre la pertinencia o no de tal sublevación —como muy bien muestra Melón Pirro—. Lo importante eran las marchas silenciosas por los “mártires de junio”. Es interesante destacar cómo las misas se transforman en un repertorio contestatario, a pesar de algunas advertencias de autoridades eclesiásticas sobre la politización de los oficios religiosos (pp. 133-134). En poco tiempo, la movilización católica antiperonista cedió su lugar, y el rito católico fue importante para la emergencia de los homenajes de los “proscritos”.

Poco a poco, emergen las disensiones en el interior del peronismo, los posicionamientos neoperonistas y el fortalecimiento del “sindicalismo burocrático”. A inicios de los años 1960, Eva Perón comienza a encarnar las banderas intransigentes, en una “larga marcha” del evitismo que debe ser comprendido al interior de un proceso de modernización cultural (p. 175). Evitismo central para esa juventud peronista menos estudiada. Como a lo largo de todo el libro, Ehrlich aborda dos cuestiones de manera entrelazada: la sociabilidad de los actores (quiénes son, a qué generación pertenecen, qué hacen como militantes) y las ideas, valores y símbolos que elaboran. Estos jóvenes, tanto como los periodistas estudiados en los primeros capítulos, son cruciales para comprender la reinención de la tradición justicialista.

Esta doble dinámica secular de lo político-religioso, que en nuestras propias investigaciones encontramos presentes en objetos pertenecientes a sociedades europeas, consistió en Argentina en transferir militantes de la parroquia al “pueblo” y de la facultad al “territorio”⁵. Tal proceso se encuentra con claridad en el libro reseñado (p. 183), y en el caso argentino remite difícilmente a una lectura simplista y partisanista de la oposición izquierda / derecha: el análisis sobre el conflicto laica/libre durante el gobierno de Frondizi (pp. 189-192) ejemplifica cómo la formación política

5 Ver, por ejemplo, Humberto Cucchetti, “Les causes nationalistes : retour sur l’adhésion militante à partir de récits biographiques”, *Critique internationale*, no. 65 (2014): 149-169. La transferencia de valores y personal militantes alrededor de una causa comprendida en su significado sagrado constituye una característica central de lo que en sociología e historia de las religiones se denomina como proceso de secularización y que supone ver, en especial, el pasaje de lo religioso a lo político. Tal fenómeno ha estado presente en las izquierdas europeas; remito al célebre análisis sobre el caso francés de la cientista política estadounidense Suzanne Berger, “Déclin religieux et recomposition politique : une interprétation de l’exemple français”, *Archives Sciences sociales des religions*, no. 66, vol. 1 (1988): 147-182.

(en términos de agitación callejera, propaganda y sentido integral del compromiso como valor principal de la relación “hacia la causa”) atravesaba los dos lugares de la barricada.

Aquí llegamos a los argumentos más heurísticos del trabajo en cuestión. Y conviene recordar que, si el peronismo atrapó la lógica de oposición a las autoridades políticas y militares posteriores a 1955, la pertenencia de izquierda pretendió recuperar e incluso satelizar los sentidos semánticos de la Resistencia peronista. En el período aludido, la cultura *intransigente* del peronismo de la época (con todo un *ethos* alrededor del sacrificio juvenil, el compromiso integral, el antiliberalismo y la pasión insurreccional) es completamente deudora del nacionalismo radicalizado, del “nacionalismo extremista” (p. 221). Muy bien lo señala nuestra colega: “la figura del *hombre nuevo* difundida a partir de los escritos de Ernesto Guevara —ya sea en la versión de una revolución antropológica de la sociedad toda o en la transfiguración del militante en guerrillero— aún no existía. En cambio, sí estaba disponible el modelo del *hombre nuevo* fascista, figurado por la retórica nacionalista local” (p. 220). En el caso argentino, a diferencia del nacionalismo europeo, los nacionalistas que desembocaban en el peronismo retomaban la centralidad del trabajador (p. 222), y, al mismo tiempo, proponían un horizonte de reivindicación que, en más de un sentido, podía ser considerado de anticolonialista (p. 246: la autora remite específicamente a la cuestión argelina). Nos interesa subrayar, por nuestra cuenta, que esto representa un nuevo acierto interpretativo notable en términos históricos ya que, en nuestra latitud austral, la movilización juvenil no presentó los acentos antifascistas que sí tuvo en numerosas sociedades europeas, las que obedecían a sus propias singularidades histórico-nacionales —permanencia del régimen franquista en España, experiencias fascistas y nazis por demás recientes en Italia y en Alemania, traumatismo del fenómeno de la ocupación de una parte del continente, existencia de campos de concentración, son algunos de los puntos que siguen latiendo en los conflictos europeos de postguerra—.

Parte de la izquierda local busca, viendo esa “potencialidad revolucionaria” peronista, capitalizar tal identidad política, generar cierta sinergia redituable en términos de cultura revolucionaria socialista o comunista. Pero los peronistas no son ingenuos: ellos no son castristas, el justicialismo sigue siendo antimarxista (p. 245). Y las páginas con las que termina el libro, retomando el testimonio de Andrés Framini (p. 292), son una muestra de la fragilidad de la hipótesis de la izquierda peronista —al menos, en el período considerado—. Más aún, Ehrlich cuestiona la lectura

que pone en relación la identidad de clase con una supuesta consciencia también de clase, que debía conducir hacia la izquierda y el marxismo, equivalencia apriorística con la que Daniel James abordó el fenómeno del activismo peronista *duro* (pp. 262-264). Catolicismo y nacionalismo extremo son productores de la intransigencia, conformando así una singularidad ideológica constitutiva del peronismo “fuera del poder”. A pesar de las solidaridades de trincheras o de prisión, la dirigencia peronista mantuvo una fuerte singularidad en la afirmación de la pertenencia política: Perón no era Moscú (p. 271). Y los *slogans* de varias manifestaciones comunes entre comunistas y peronistas repetían la misma oposición: si los primeros pugnaban por la “unidad”, los segundos lo hacían por “Perón” (p. 270). En el mismo sentido puede interpretarse el relato de un actor prominente del peronismo de una década después, cuyas memorias salen a la luz apenas unas semanas después que el libro aquí analizado⁶.

Por esta razón, probablemente, interesó más como objeto de estudio el peronismo-fidelista de Cooke que los actores de *La reinención del peronismo*, cuyo abordaje fue más tardío, en ocasiones estigmatizados por la idea de “derecha peronista” o por lecturas que los asociaba más a la crónica policial o a la falta de conciencia de clase. Conviene leer textualmente a Ehrlich, quien sostiene en cambio que, “la izquierda peronista existió en esos años como proyección de los deseos políticos de fracciones de la izquierda partidaria, o bien como exteriorización de la voluntad represiva o conservadora de segmentos del Estado y de los medios de comunicación, que hicieron circular estos significados en un contexto de crisis política” (p. 291). De allí que, para entender el período 1955-1965 pero también algunas configuraciones políticas (y malentendidos analíticos) posteriores alrededor del peronismo y de la llamada peronización, la obra en cuestión resulta simplemente inevitable.

6 Juan Manuel Abal Medina, *Conocer a Perón. Destierro y Regreso* (Buenos Aires: Planeta, 2022).